

La Invitación

Cuento ganador del II Concurso Literario Deportivo “Carlos Bernal Silva” 2018

Autor: Rodrigo San Martín Rojas
Pseudónimo: AldoFroG

Por un camino de tierra, agrietado por el reciente invierno, el Huaso va Pala al hombro y sin mirar atrás se dirige a casa. Es septiembre, la brisa es amigable y el sol no quema, es uno de esos días perfectos para querer ser mejor persona. Al mismo tiempo, a una velocidad que sobrepasa el máximo permitido, una ostentosa camioneta pasa por su lado levantando el trumao que orilla la ruta, cubriéndolo de polvo, más del que acostumbra en su áspera y quebradiza piel. Al continuar con su caminata, unos kilómetros más allá, el mismo vehículo se encuentra estacionado, al parecer tiene problemas. El conductor, que hace un momento no había sido muy criterioso al volante, ahora revisaba el motor bajo el capot, claramente sobrecalentado por la exigencia. El huaso, que aún se quitaba la tierra del pantalón, se acerca al chofer para preguntar si necesita algo de ayuda. Para su sorpresa, lo reconoce, es un viejo amigo y compañero de pega en el campo, con el que trabajó hombro a hombro, haciendo surcos para la siembra de esperanza, regando sueños y cosechando triunfos cuando tocaba hacerlo.

Este antiguo amigo era Rangers, ese Rangers que hace un buen tiempo no ve, el que dejó de saludar, el que recorre el camino sin mirar quien va, ese Rangers que nunca volvió siquiera a visitar a sus amigos de toda la vida. Sin dudarle le extiende la mano, le dice que es un gusto verlo, que siempre es un agrado volver a encontrarse a quienes te acompañaron en la vida. Desde el corazón se le arrancan un “Al parecer te va muy bien, surgiste, te transformaste en patrón y te olvidaste de los tuyos, los que aún seguimos acá, en la tierra donde creciste, trabajando de 8 a 8, alimentando sueños colectivos, como comunidad”.

Rangers responde altanero, diciéndole que todo está bien, que vive en la gran ciudad, al ritmo de los grandes empresarios. Que el tiempo se le hace poco para pasar de visita y que, bueno, eso en la ciudad tampoco se acostumbra a hacer, pero él no podría entenderlo ya que nunca ha salido de esa tierra y de esa campesina rutina mediocre del sueño colectivo. En la ciudad se acostumbra al individualismo y eso es lo que da frutos.

El huaso le responde con pena, le dice que lo extrañó por muchos años, que los demás de la comunidad también han conseguido frutos, quizás no grandes cosechas, pero si lo han hecho. Que muchas veces lo necesitaron, intentaron ubicarlo, pero no lo pudieron encontrar entre la masa y el ritmo citadino del que se jacta. Que los suyos lo estuvieron esperando muchas veces alrededor de un horno con los pasteles chirriando los domingos, que siempre tuvieron la esperanza de que, a la hora del almuerzo, apareciera para compartir como lo hacían en su juventud.

Le contó que la señora Juana, quien los regaloneaba como si fuesen los hijos que nunca tuvo, murió hace algunos años. Que siempre se acordaba de él y pedía que si alguien lo veía por ahí, le diera sus saludos y le extendiera la invitación para que fuese algún domingo a tomar once con churrascas y chanco en piedra, ese que tanto le gustaba cuando ella, por las tardes, esperaba a sus chiquillos y los invitaba a pasar al comedor luego de una jornada de trabajo.

Al escuchar esto, Rangers tiembla, siente como sus ojos se humedecen por las lágrimas, mira al sol para evitar llorar y con voz quebrada le dice que, la verdad es que su presente no es tan exitoso.

Se sincera y le cuenta que, como puede ver, aquella gran camioneta no funciona tan bien como pareciera. Que realmente vive agobiado por el ritmo de la ciudad y que hay días en donde sólo imagina que nuevamente está en el campo, rodeado de amigos, trabajando hombro a hombro con felicidad y con la tranquilidad que le entrega la ilusión de poder conseguir esos sueños colectivos y poder disfrutarlos junto a los suyos, sentados bajo un manzano, viendo sin apuros como se va la tarde. Luego de decir esto rompe en llanto y busca un abrazo en aquella persona que tenía en frente, su viejo amigo.

Después de aquel sincero abrazo y algunos segundos de silencio, el huaso vuelve a la conversación, le comienza contando que muchas veces sus hijos le preguntaron por su gran amigo de la juventud, le recomendaban que lo fuera a ver a la ciudad, que quizás él también lo extrañaba, que tal vez sólo necesitaban conversar para volver a ser los amigos que fueron. Pero él no podía borrar el recuerdo de que alguna vez lo vio en el Mall, bajándose de su gran camioneta para luego entrar a un caro café con sus amigos empresarios. Que en el cinturón ya no tenía la “Huasito Parralino”, comprada en el sector rural del terminal de buses, y en su reemplazo había una Victorinox multipropósito reluciente, nunca usada. No olvidaba que en esa ocasión, Rangers simplemente no lo reconoció, pasó por su lado sin siquiera mirarlo, no lo necesitaba. Que eso lo hizo no querer saber más de Rangers, al menos no de ese Rangers empresarial, citadino, obnubilado por la necesidad de imitar el ritmo de los poderosos.

El huaso quería de vuelta a esa persona humilde que conoció con la vida, que estaba orgulloso de lo poco que tenía con los suyos, conseguido con esfuerzo, y lo disfrutaba a concho.

Es por eso y en honor a los viejos tiempos que el huaso le dejó extendida la invitación a su viejo amigo. La misma invitación que muchas veces intentó hacerle llegar la señora Juana en sus últimos años de vida.

“Pasa un día a vernos, acá estamos, siempre hay un espacio para ti en la mesa. Ven a conocer a mis hijos, a mis nietos... Trae a los niños y armemos algo el domingo en la cancha de Don Pedro. Disfrutemos de nuevo, en comunidad, de nuestros sueños y de esas interminables tardes de primavera.

Porque, a pesar de todo, te seguimos queriendo... LA INVITACIÓN ESTÁ HECHA.